

Nuria Amat

El lujo de escribir con riesgo

Por Angeles Mastretta

Cuando la conocí, estando en Madrid un junio ardiente, Nuria Amat y yo terminamos la tarde trenzadas en una larga conversación sobre nuestros mundos, nuestras pasiones, la literatura, los viajes, los deseos, el inasible amor, la insensata alegría y hasta los últimos recovecos de la moda. A las cuatro de la mañana nos separamos dejándonos con la certeza y el regocijo de que habíamos encontrado una amistad.

Nuria es una mujer exquisita y tímida, de ojos intensos y labios elegantes. Una mujer cuyo cuerpo delgado con maneras de diosa, guarda el ardor y los arrebatos de una gitana empeñada en conocer su pasado y adivinar su futuro. Así las cosas, yo diría que para eso escribe. Para reconocerse, para urgar, para saber de qué mundos viene y en quiénes se cobija la esencia de su vocación y su destino.

Al despedirnos el día siguiente, Nuria me entregó su novela "El país del alma", como quien entrega una parte de sí misma. Supondrán ustedes que así entregamos nuestros libros todos los escritores. Sin embargo, en ella percibí una actitud aún más cuidadosa, más segura de que con el libro estaba dejándome algo especial, una suerte de talismán que me llevaría a entender cosas de su mundo que ella no había alcanzado a contarme en media noche.

Con un tono audaz y delicado como los misterios, la voz narrativa de “El País del alma” empieza por ser ardua, y retraída para en poco tiempo seducirnos y acompañarnos a lo largo del libro, con una irrefragable limpidez.

Escribir, lo sabemos de siempre, es rogar por un milagro. Nuria lo consigue tejiendo despacio la historia sencilla y difícil de unos hombres y mujeres que sobrevivieron a la guerra civil en España, y que viven en la hermosa Barcelona, centro de lo que se llama el pequeño país, cerca del mar y de la remota posibilidad del extranjero, sitiados por el diario tedio, sobreviviendo a la dictadura irrefragable y cruel, atenta incluso a nimiedades y desconfiada hasta de la indiferencia.

La impenetrable fortuna diría que la voz con que narra Nuria Amat es un don, tocado por la belleza y el azar, como todo buen don. Sin embargo, aceptando que el acaso ha sido pródigo, hay que decir que la voz de Nuria es también fruto de una devoción incansable y de un apasionado trabajo.

Como cualquier tesoro, el de quien escribe como ella crece cuando la escritora se hace fuerte, aprende de sus emociones y sus abismos, se nutre de su pesares y sus dichas, de la sabiduría y las audacias que la vida suele exigir sin más, a quienes se proponen escribirla con dignidad y riesgos.

“El país del alma” es un libro que nos habla de todo este trabajo.

Mientras cuenta cómo se cruzan la vida y los afanes de una mujer que sueña en el barrio de Almadora y la de un hombre de

Nava de Mura, a dos pasos de Almadora, como siempre parece quedar a dos pasos lo que tardamos en descubrir, Nuria cuenta su dolor y su admiración por quienes hilaron el pasado, para heredarle un cielo menos aciago.

Baltus y Nena entreveran sus vidas, sus apellidos que hablaban de la sombra de otras personas, y dejan que Nuria nos cuente del amor, de la muerte, del insensato entusiasmo, de la esperanza y el desasosiego, del cine y la devoción por los libros. Tras la guerra, nos muestra la vida atreviéndose al desafío, como si nada hubiera pasado. A pesar de que la muerte no deja de aparecer indeleble y cotidiana, como la zozobra y el deseo en todos los tiempos.

Resulta fascinante la evocación de la existencia en unos barrios que Nuria nos hace entrañables a fuerza de mostrarlos una y otra vez desde distintos lados, desde personajes inauditos y sorprendentes. Hombres y mujeres incapaces de rendirse, a los que ayuda la inteligencia, el sentido del humor, la certidumbre de que toda jornada debe ser memorable y de que no hay dignidad sin valentía.

En "El país del alma", la naturaleza, los jardines, las casas y las calles son también personajes importantes, el mar y las palabras son personajes centrales.

Las palabras sobre todo, con el valor y los significados de cada lengua. Porque si la novela con frecuencia rinde homenaje a quienes conservaron el catalán como un fervor, la novela está

escrita en un ferviente castellano y es por eso un homenaje a las dos lenguas de la autora.

La felicidad, como para la fuente que hace preguntas en el Mahabarata, es, aunque a veces parezca una quimera, lo único en verdad inevitable. Al menos eso creen los personajes y la voz de su creadora.

El gozo de Nena con el cine y el de Baltus con los libros, en un mundo empeñado en negarse a los beneficios del arte y la imaginación, son un combativo deseo de fantasía, un mismo afán de trastocar la realidad para hacerla mejor.

Nuria deja entrar hasta la frágil y en apariencia impasible vida cotidiana de dos familias en Barcelona, el horror de los campos de concentración en los que mueren muchos de los que se resistieron a la dictadura, pero sin más lo entrevera, como si no quedara otro remedio, con el delirio de los amores y la próxima boda de dos jóvenes inevitablemente lastimados por su destino y a la vez aptos para el placer y el juego. Baltus se entera de que a su amigo poeta lo mataron en un campo de concentración, justo al día siguiente de la primera vez en que accede a los delirios que le ofrece el cuerpo de Nena. Semejante contraste vuelve todo más brillante, hace más arduo el dolor, pero también más encendido el deseo.

Toda la novela se empeña en acentuar esta clase de contrastes. Lo cual enriquece la narración y la llena de atisbos mágicos y de momentos sabios.

Un cura erudito y guapo que goza y traduce a Joyce convive en un balneario con gente que ni valora quién es, ni querría hacerlo. Una mujer que se casa en el extranjero con un director de cine desaparece del hablar cotidiano, mientras un hombre que querría ser artista y no tiene otro remedio que ser fabricante, reconoce el apego y la angustia por lo propio: “Solamente puedo vivir en Almadora y, sin embargo, envidia a quienes no viven ni nunca vivirán en Almadora.”

Nuria recoge como al pasar las nimiedades de un pasado quieto :“En aquella ciudad medio enterrada los recién nacidos no salían en las fotografías”. Y lo enfrenta con devoción a la sensualidad que puede sentirse frente a los lugares por los que corría ese tiempo “...el tibio aroma a pino bañado en agua salada es capaz de dejarte sin conocimiento. Es un olor que luego se recuerda. Un olor que te queda para siempre”

Conviviendo con la pasión de la escritora por su país y por su pueblo, ella revive a un dictador inclemente, avaro de razones y preso de manías que recorre todo el libro como recorrió la vida toda durante esos años. De ahí que resulte conmovedor ver a los personajes enfrentarlo y escaparse de su arbitrio y su aparente omnipotencia.

El querido señor Arnau se convierte por eso, y por el modo en que Nuria es capaz de comprender y encantarse con sus manías, en un personaje muy atractivo.

La vida de los personajes, incluidos entre ellos desde el mar hasta los parientes lejanos y la nana eterna dando tumbos por

el pasillo, se enlaza con alegría y encanto mientras por todo el libro impera la ley y la devoción por la escritura.

Conmovida, pero suspensa, sin alardes ni autocompasión, mucho menos piedad fácil, Nuria evoca el espanto y lo pone boca arriba con delirio, con ganas de mostrarlo para ver si lo olvida. Pero al mismo tiempo descubre y valora las más pequeñas alegrías e incluso frente a la enfermedad y la separación, hace predominar la esperanza hasta el final del libro.

No sé si por ventura o para riesgo de nuestra vocación las mujeres escritoras estamos de moda. No me toca ser quien critica o lamenta una situación que favorece de modo excepcional a nuestro muchas veces desfavorecido género, sin embargo, sí me toca alegrarme porque Nuria no antepone la elegía de lo femenino a su deber de escribir bien. No le importa contar la historia de una mujer porque lo es, sino porque vale la pena contarla y contarla bien. Por eso se cuida de escribir ceñida al lujo de correr riesgos y lo hace con un un esmero y un respeto por las palabras, con un gusto y una responsabilidad con su profesión, que resultan fascinantes.

Las mujeres, de Nuria no son ni abnegadas ni sumisas, ni mudas. Tampoco son heroínas ni diosas. Son, como los hombres y las cosas que pasan por el libro todo, personajes que crecen en el ánimo de quien los mira vivir dándose el lujo de ser quienes debieron ser, personas incapaces de poseer un fuego destinado a consumirse sin deslumbrar a nadie. Creo que Nuria

Amat escribió “El país del alma” no sólo para recuperar una historia de la que temía olvidarse, sino para contarnos esta historia, al tiempo en que sueña con que se cumplan los sueños de quienes se atrevieron a forjarla.

Nuria Amat es una escritora cuya pasión esencial está en el acto de escribir. Y eso se nota en este libro. “El país del alma” es un libro escrito desde la búsqueda del oro sin precio que es el trato cotidiano con las palabras y sus juegos.

Me alegra dar a este libro la bienvenida a nuestra país y a la feria de Guadalajara, me enorgullece querer y admirar a quien lo ha escrito, invocando con sus palabras instantes de luz, sombras y claridades de una hermosa perfección.